

FALIBILISMO, RAZONABILIDAD Y TOLERANCIA¹

Jesús Alberto Zeballos

Karl Popper destacó, en múltiples oportunidades, la responsabilidad que cabe a los intelectuales frente a las miserias y crueldades de este mundo. Según su opinión, muchos crímenes de grupos humanos perpetrados en contra de otros, fueron y son casi siempre justificados en razones, teorías, ideas, ideologías y doctrinas creadas, construidas, elaboradas o perfeccionadas por intelectuales.

Pero si un intelectual estuviere dispuesto a no propiciar tales crímenes o a no ser, al menos, cómplice de ellos; si se arriesgara a intentar impedirlos y si, además, existiera un razonable consenso o estuviera convencido de que determinados actos son de por sí criminales, cabría aun la pregunta:

¿Qué podemos hacer para impedir estos indescriptibles sucesos?
¿Podemos nosotros, en general, hacer algo? ¿Y podemos nosotros, a fin de cuentas, impedir algo?.²

El "nosotros" de la interrogación, en el que Popper se incluye, se refiere al conjunto de los intelectuales, a quienes caracteriza vagamente como aquellos "que se interesan por las ideas, que leen y, quizás escriben". Sostiene que es mucho lo

¹ El siguiente texto formó parte del homenaje que el Instituto de Epistemología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT rindió en el mes de julio de 2002 a Karl Popper, en el centenario de su nacimiento.

² De *Tolerancia y responsabilidad intelectual*, conferencia pronunciada por Popper el 26 de mayo de 1981 en la Universidad de Tubinga y repetida el 16 de marzo de 1982 en el Ciclo de Conversaciones sobre la Tolerancia en la Universidad de Viena. La cita está extractada del texto pronunciado en esta última Universidad. Publicado en Popper, K., *Sociedad abierta, universo abierto*, Madrid, Técnico, 1984, pp. 139-156. Las citas, comentarios y paráfrasis que siguen se refieren a ese texto.

que podríamos hacer, y señala como punto de partida de un accionar auténticamente efectivo a la honestidad intelectual.

Y la honestidad intelectual impone aceptar que ninguno de nosotros está en posesión de una verdad absoluta, indubitable. No hay teoría científica alguna absolutamente cierta, lo suficientemente corroborada como para admitir que todas sus hipótesis o leyes sean universalmente válidas, definitivamente aceptables por todos. Dicho brevemente: todo nuestro saber es conjetural.

Sabemos que esta tesis constituye el núcleo de la teoría epistemológica de la falsabilidad. Esta teoría no es sin embargo, como el mismo Popper lo declara, una creación suya. Puede ser rastreada hasta el alborar de la reflexión racional y crítica. Popper la hace remontar hasta Jenófanes de Colofón (ca.570 - ca. 470), en quien ve un modelo de honestidad intelectual e implacable autocrítica, características fundamentales del espíritu científico. Según Jenófanes, aunque expresáramos la verdad más acabada, nunca podríamos saberlo con certeza. Permanecería siempre como una mera conjetura.

Esta actitud lleva naturalmente a una suerte de humildad investigativa, antípoda de la arrogancia intelectual característica del dogmático. Si el conocimiento humano permanece siempre entreverado de conjetura, entonces, no hay razón alguna para admitir creencias absolutas y, por lo tanto, no hay credo, doctrina o cosmovisión universal a la que todos debamos necesaria y honestamente adherir. Como corolario de esta precariedad cognoscitiva, se desprende que tampoco habría una ética absoluta a suscribir, ni código alguno que se imponga a sí mismo como absolutamente válido. Para comprobar esta aseveración, basta un simple repaso por la historia de las distintas comunidades humanas, sus ideas y culturas.

Pero, ¿No es el párrafo precedente un claro manifiesto relativista?... Sabemos que para el relativismo la verdad carece de significado. Popper se cuida prolijamente de caer en él, y lo contrapone enfáticamente a su postura, que denomina *pluralismo crítico*.

La idea de *verdad* –afirma– es de una significación decisiva para la contraposición entre el relativismo y el pluralismo crítico. El pluralismo crítico es la postura según la cual, *en interés de la búsqueda de la verdad*, toda teoría –cuantas más teorías mejor– debe admitirse en competencia con otras teorías. Esta competencia consiste en la discusión racional de

la teoría y su eliminación crítica. La discusión es racional, y esto significa que se trata de la verdad de las teorías competidoras: la teoría que, en la discusión crítica, parezca acercarse más a la verdad es la mejor, y la mejor teoría elimina a las teorías peores. Mientras que el relativismo, que procede de una tolerancia laxa, conduce al dominio de la fuerza, el pluralismo crítico puede contribuir a la domesticación de la misma. La idea de la verdad objetiva y la idea de la búsqueda de la verdad son aquí de una importancia decisiva.

De la comprensión de que somos falibles, Popper desprende, siguiendo a Voltaire, la tesis ética de la tolerancia. La argumentación voltaireana, podría sintetizarse, más o menos, así: Si somos honestos con nosotros mismos, debemos aceptar que cometemos errores y, a veces, con una frecuencia, que desearíamos fuese menor. No es que los otros puedan estar fácilmente equivocados; yo soy, y esto ya no resulta tan fácil de admitir, quien puede errar. Por tanto, concluye Voltaire, perdonémonos nuestras necesidades. En esto consiste la tolerancia, en perdonarnos unos a otros nuestros errores y tonterías, convencidos de nuestra mutua falibilidad.

El reconocimiento de la falibilidad es en el plano cognoscitivo, lo que la tolerancia en el plano ético y sociopolítico. Frente a la multiplicidad de teorías políticas y económicas, religiones, dogmas, creencias, ideologías e, incluso, la supuesta falta de ellas, el agnosticismo, el ateísmo, la ignorancia y/o la inocencia, viene a resultar el reconocimiento de la falibilidad y la tolerancia, la única respuesta propiamente humana, racional y crítica.

Aclaro que en este contexto estoy utilizando el término "falible" (y su antagónico "infalible") en el sentido de "cognitivamente falible", esto es, "falible con respecto a las creencias". En este sentido, "falible" e "infalible" son términos, que se utilizan indistintamente como predicados de personas o como predicados de proposiciones y creencias. Aplicado a las personas, significa que somos susceptibles de generar o mantener creencias falsas; aplicado a proposiciones, en cambio, se traduce como "posiblemente falso". Podemos llamar al primero, de acuerdo con Susan Haack (1978), "Falibilismo del agente" y al segundo, "Falibilismo de la proposición". Popper, de manera análoga, prefiere hablar de verdad/falsedad subjetiva, por un lado, y de verdad/falsedad objetiva, por el otro.

En contra de las tesis falibilistas, diversas filosofías han sostenido que cier-

tos tipos de creencias pueden ser infalibles, y han empeñado grandes esfuerzos para demostrarlo (Descartes y el positivismo lógico son ejemplos de ello). Candidatos a este grado de certeza fueron considerados los enunciados protocolarios de senso-percepción, que registran nuestras experiencias inmediatas y, en el otro extremo de abstracción, los enunciados que expresan las leyes y principios lógicos. Respecto al primer tipo, la literatura filosófica que lo desacredita es prácticamente inagotable. En cuanto al carácter de infalible de los principios lógicos, tendemos a creer que tienen una seguridad epistemológica especial. Popper, por ejemplo, aunque enfatiza nuestro falibilismo al tratarse de leyes e hipótesis científicas, considera que la lógica es realmente un discurso de fiar y en múltiples oportunidades expresa abiertamente su rechazo a extender el falibilismo a la lógica. Si las leyes lógicas son necesarias, no son posiblemente falsas y, en consecuencia, serían infalibles.³

De todos modos, es claro que la infalibilidad de las proposiciones lógicas no entraña el infalibiismo del agente. Aun cuando las leyes de la lógica sean no posiblemente falsas, esto no garantiza de ningún modo que no seamos susceptibles de mantener creencias lógicas falsas.

Sin embargo, y desde el punto de vista de la "verdad objetiva", la filosofía de la lógica y la metalógica demuestran que las leyes lógicas sólo son necesariamente válidas en el sistema que las contiene, y no pueden ser extrapoladas válidamente a otros y mucho menos a todos. El desarrollo de las lógicas divergentes y la semántica contemporánea, niegan la infalibilidad de la lógica y arrojan sombras de duda sobre las denominadas leibnicianamente "verdades de razón".

En contra de la apreciación de Popper acerca de la infalibilidad de la lógica, estas nuevas lógicas vienen a confirmar sus tesis del falibilismo, que adquieren con ello mayor amplitud y profundidad. La incertidumbre cubre no sólo el ámbito de las ciencias empírico-naturales (¡Qué decir ya de las ciencias sociales y/o humanas!), sino que se extiende a las mismas ciencias formales, la lógica y la matemática. Ordinariamente creemos que en el reino de la pura formalidad no habría cuestiones de opinión; y sin embargo, tampoco en él hay verdades apriorísticas, lógicamente

³ En *A realist view of physics, logic, and history* publicado en una compilación de Yorgrau y Breck, 1970, Popper expresa abiertamente su rechazo a extender el falibilismo a la lógica.

necesarias y universalmente válidas. En conclusión, si no existe una lógica a la que podríamos otorgar una auténtica primacía como "válida en todos los mundos posibles", entonces, mucho menos es dable esperar una tal primacía en el ámbito de la empiria y de la fe.

Las modernas lógicas aportan así una razón más en favor de las tesis falibilistas, la tolerancia y una nueva ética profesional, apta no sólo para el trabajo intelectual de los científicos, sino, sobre todo, eficaz para evitar los crímenes y crueldades de este mundo.

Popper resume dicha ética que, en mi interpretación, consiste menos en la búsqueda de la verdad que en la detección, análisis y posterior corrección de los errores, en doce principios. Estimo que dichos principios se fundamentan, a su vez, en el concepto de que la verdad sólo funciona, para decirlo en términos kantianos, como una suerte de "ideal regulativo de la razón". El hecho concreto, contrapartida de aquel ideal, la realidad permanentemente renovada de la que partimos a cada instante, es la inevitabilidad del error.

De estos conceptos fundamentales se derivan las restantes normas éticas popperianas que podrían resumirse, estimo, en los siguientes términos: Los errores nos enseñan; de ellos debemos aprender. Desde este punto de vista, la autocritica es la gran maestra y la crítica de los otros, una auténtica necesidad. Como consecuencia, nuestras posiciones pueden alcanzar la maleabilidad de la vida misma: serán siempre modificables, lo cual en gran medida, significa "perfectibles". Pero, dado que "nuestro saber conjetural objetivo va siempre más lejos de lo que una persona puede dominar...no hay ninguna 'autoridad'". Este, que es el primer principio en la enunciación popperiana, unido al duodécimo, que afirma que "la crítica racional debe ser siempre específica: debe ofrecer fundamentos específicos de los motivos para aceptar o rechazar una posición", sugieren que Popper entiende a la democracia, como una "benigna anarquía". En ella, no habría autoridades, sino administradores y todos los científicos (y los ciudadanos) se regirían por la razonabilidad. Obsérvese, de paso, un claro antecedente de la concepción liberal de "Personas razonables", de Rawls, que entiende como tales a sujetos "comprometidos con la cooperación social entre iguales".⁴

⁴ Rawls, J. (1993): *Political liberalism*, New York, Columbia University Press. (p.48). Los con-

La trágica historia de las religiones muestra que la humanidad ha seguido el camino inverso al diseñado por Popper. Las religiones, en especial las fundamentadas en *El libro o texto sagrado* no son un asunto "razonable", sino de fe, de creencia dogmática en la palabra "revelada". Y la lucha por la imposición de unas creencias sobre otras ha venido desarrollándose de un modo cada vez más cruel y feroz.

Se podría obtener la fácil conclusión de que los mayores males del mundo no se lo debemos a la falta de fe de un sano escepticismo, sino a las profundas convicciones de dogmáticos, en cuya fe no puede corroer la duda. Téngase presente que el fundamento de cualquier doctrina se asienta, precisamente, en la proscripción de toda duda acerca de la palabra autorizada.

Agreguemos a ello, la fácil y falaz argumentación de que los errados, equivocados y/o malévolos son los otros, y obtendremos la intolerancia en estado puro: la demonología del fundamentalista. En el fundamentalismo, la estupidez, cerrazón e intolerancia humanas alcanzan el mayor grado de virulencia. Como una consecuencia lógica, se desprende otro inseparable y peligroso error del dogmatismo: la inculcación de fanáticos. *FANATICOS* jamás podremos ser nosotros; fanáticos son los otros, nuestros grupos adversarios.

Obviamente, la paz, la equidad, la justicia, como elementales derechos humanos, permanecerán siempre inaccesibles, mientras los hombres sigan sosteniendo que estos bienes sociales sólo son accesibles a los nuestros, aquellos con quienes compartimos nuestras creencias, y que los otros, si desean obtener esos preciados dones de la sociabilidad humana, deberán previamente ser curados de su error, o evangelizados en nuestra propia creencia o, quizás, eliminados. Cabría preguntarse, sin embargo: ¿La convicción en las propias creencias es totalmente honrada, esto es, hay una auténtica demostración de su propia verdad?... ¿Han sido sometidas a una concienzuda crítica racional, parte inexcusable de la honradez intelectual? ¿No es a menudo el fanatismo un intento de encubrir nuestras propias e inconfesadas incredulidades, de las que sólo nos damos cuenta a medias, por eso las hemos reprimido, como una amenaza a nuestra propia e insatisfecha búsqueda de seguridad interior?

ceptos de *razonabilidad* y *racionalidad* de Rawls merecen un análisis crítico pormenorizado que, obviamente, no se puede desarrollar aquí.

Aunque el estilo del párrafo anterior se presenta como marcadamente religioso, no nos engañemos al creer que fundamentalistas hay sólo en las religiones monoteístas, que practican la cultura de la palabras sagrada. Nuestro mundo está plagado de fundamentalismos. El carácter sagrado o idolátrico ha teñido las concepciones políticas, ideológicas, económicas, científicas y filosóficas.

En nuestro mundo rotundamente globalizado se entremezclan las argumentaciones religiosas y políticas con las descarnadas razones del *homo economicus*. Gobernantes de países que se consideran a sí mismos paladines defensores de la equidad, la justicia y el respeto entre los hombres, ponen todo su aparato bélico al servicio de los intereses económicos de sus propios grupos dominantes. Y alegremente arrasan pueblos y civilizaciones en nombre de Dios, del amor y la justicia. ¡Antigua justificación de la denominada religión del amor!

De esta manera, los medios de dominación fueron haciéndose cada vez más poderosos, sutiles por un lado, y agraviantes por el otro: ya no son simplemente bélicos o religiosos, sino también políticos y económicos.

Y con esto se patentiza que la búsqueda de la certeza y seguridad de las verdades absolutas, se origina en la inseguridad y el temor humanos. El hombre busca afanosamente la seguridad y la permanencia, para huir del terror que le provoca su existencia, limitada fluctuante y azarosa, frente a la ineluctable certeza de la muerte y la nada. No en vano, el temor es la más antigua de las emociones, asentado en el sistema límbico neuronal, que en la corriente evolutiva apareció primitivamente con los saurios, y que nosotros compartimos con ellos. La función teleológica de este sistema es meramente la supervivencia y funciona con la lógica bivalente de "o me devora o lo devoro". Pero en la sucesión evolutiva apareció el sistema neurológico de los mamíferos, cuyo motor teleonómico es el placer. Superponiéndose a ambos, aparece el sistema neurológico propiamente humano, la neocorteza cerebral, cuya motivación teleológica radica en la felicidad. En este estadio, no basta sobrevivir, ni tampoco, vivir bajo el principio del placer. La plenitud de la vida humana, la vida consciente radica fundamentalmente en el encuentro y la aceptación del otro que, para ser mi otro, tiene que ser mi diferente.

La evolución biológica y cultural nos trajo esta opción distendida entre los saurios y el hombre. Pero la evolución consciente ya es responsabilidad de cada uno de nosotros. La opción sigue siendo la misma; o el temor o el amor.